

LA POLITICA INTERNACIONAL DURANTE LOS MESES DE SEPTIEMBRE A DICIEMBRE DE 1959

La circunstancia de tener que recoger en la presente *Crónica* el último cuatrimestre del año nos permite considerar en su totalidad un período decisivo, quizá el más importante, de la batalla diplomática entre Este y Oeste desde 1945. La sola visita de Krushev a los Estados Unidos es algo tan singular, que bastaría para tener 1959 como una fecha que, el tiempo nos lo dirá, probablemente marca un nuevo planteamiento de las relaciones entre los dos bloques contrapuestos. Pero es que, además, los primeros días de septiembre vemos a Eisenhower girando una visita preparatoria de gran trascendencia a varias capitales europeas, y los días inmediatamente anteriores a la Navidad le volvemos a encontrar realizando un viaje sin precedentes, en el que toca tres Continentes y habla con los responsables de la política de once países.

Vamos, pues, por separado a referirnos a cada una de estas manifestaciones de intensa labor diplomática.

EL VIAJE DE EISENHOWER A EUROPA.

En la valoración objetiva del viaje a Europa del Presidente de los Estados Unidos, en la estimación del indudable éxito que representa, es necesario contar con el factor decisivo de la propia persona de Eisenhower. Puede pensarse que otro presidente, impulsado por iguales propósitos y situado en circunstancias similares, podía haber logrado resultados tanto o más positivos como los que cabe atribuir al actual director de la política norteamericana, pero no es fácil presumir que su triunfo personal hubiera alcanzado las mismas proporciones. Su condición de antiguo jefe militar victorioso y el prestigio que su celo por la paz y defensa del mundo no comunista le ha ganado, unidos a la simpatía que sus condiciones personales han sabido inspirar en estos últimos años, y sin olvidar el elevado significado de un viaje que se vincula a su singular resolución de tratar directamente con el hombre que personifica la amenaza del mundo soviético, explican de manera suficiente todo el calor y adhesión de que fueron escenario Bonn, Londres y París. Quiere decirse, por tanto, que la causa de la unidad occidental ha tenido en el presidente Eisenhower su mejor abogado.

Porque lo cierto es que, por encima de otros objetivos menores, ese reforzar la unidad entre los aliados, superando diferencias o susceptibilidades, ha sido el principal. No otra cosa exigía el encuentro proyectado con Krushev. Naturalmente que sería absurdo querer atribuir a su rápido paso por las citadas capitales el efecto taumatúrgico de eliminar de raíz las causas que actúan en las no precisamente acordes políticas europeas. Y la realidad inmediatamente posterior nos lo demuestra.

Pero era urgente que en vísperas de la conferencia cumbre y doméstica de Camp David, y aunque sólo iba a actuar como jefe y responsable de su Estado y no como cabeza visible del mundo occidental, su autoridad moral frente al jefe del Gobierno

soviético se viera fortalecida por la identificación de los otros Gobiernos aliados en una misma política y en unos mismos esenciales propósitos. Esto no era posible si desde Europa se miraba con recelo a un diálogo entre los dos auténticos «Grandes», si se temía una alteración de la política exterior norteamericana nacida del clima real en que ese diálogo se iba a desarrollar, o si imprudentemente se ponían en evidencia en tal momento las diferencias con olvido de lo sustancial. Se trataba, por tanto, de poner claridad en una situación confusa. Y tal propósito clarificador sólo se podía lograr por el presidente Eisenhower, informando a sus aliados y recibiendo al propio tiempo información. Los aliados europeos fueron informados de que en Camp David no habría negociación sobre ningún tema, que sus intereses no estarían ignorados por estar ausentes sus voces, que es importante seguir dialogando con la U. R. S. S., y que el intercambio de puntos de vista restablecería la tranquilidad quebrada con el fracaso de Ginebra. Y todos han estado conformes.

Creemos que es desde esta perspectiva desde la que hay que valorar lo que de positivo, y es mucho, existe en el viaje europeo de Eisenhower.

La iniciación del mismo por Alemania, e incluso las variaciones que en el programa primero se hicieron para adelantar la fecha de llegada a Bonn, fueron un éxito diplomático. Los observadores comentaron la satisfacción del anciano canciller, no ha mucho contemplado como una figura respetada pero aislada en su rigidez. Las conversaciones con Mac Millan, incluso la tan comentada como artificial realizada ante la TV británica, difundieron un clima de cómodo entendimiento entre el presidente y los responsables de la política de Londres, caracterizada como la patrocinadora de una línea flexible y de los encuentros de alto nivel sin demasiados preparativos y condiciones. Finalmente, De Gaulle. Allí, en París, la expectación era mayor, porque el actual jefe del Estado francés simboliza la posición más nacionalista y, por tanto, más autonomista dentro de la alianza, y porque el peso de los problemas y situaciones interiores del país se proyecta—piénsese en Argelia—con fuerza sobre el inmediato desenvolvimiento de la política europea y occidental.

En efecto, la política del Presidente De Gaulle está unida al planteamiento de unas cuantas cuestiones que afectan muy directamente a la alianza occidental y ante las que la reacción de los Estados Unidos es de gran importancia. Tres principalmente: la petición de la ayuda aliada en su lucha contra los rebeldes nacionalistas argelinos, el requerimiento del asentimiento y colaboración de los Estados Unidos para que Francia ascienda al codiciado puesto de cuarta potencia nuclear y la exigencia de que su papel sea más decisivo en el plano superior de la jefatura aliada. Temas demasiado complejos y llenos de derivaciones para que pudieran ser enteramente abordados en el curso de un viaje rápido y recargado. Ambos presidentes, sin embargo, procedieron en medio de una atmósfera amigable, a un cambio de puntos de vista con la esperanza de facilitar el entendimiento mutuo.

París fué, además, escenario de otras conversaciones y contactos políticos de relieve. Allí recibió el presidente Eisenhower a los ministros de Asuntos Exteriores de Holanda, de Grecia y Turquía, y el primer ministro de Italia, acompañado de su ministro de Asuntos Exteriores. Luego visitó el cuartel general de la O. T. A. N. Por su parte, el presidente De Gaulle recibió al ministro español de Asuntos Exteriores, que de este modo completaba la serie de importantes entrevistas iniciada en Londres. Clara demostración de la efectiva participación de España en el desarrollo de la política occidental en el actual momento y a la que luego nos referiremos.

LOS VIAJES DE KRUSCHEV A LOS ESTADOS UNIDOS Y A CHINA.

Precedido del viaje europeo del presidente Eisenhower, ya de por sí gran acontecimiento, la visita a los Estados Unidos del jefe del Gobierno soviético es, sin duda, un hecho histórico, quizá el de más relieve político desde el fin de la

II Guerra Mundial. Desde que la invitación al actual dictador moscovita se hizo pública el 3 de agosto por el propio presidente Eisenhower, la atención mundial quedó pendiente de tan singular visita. Que, por lo demás, no era sino la primera parte del gran suceso político, que deberá completarse a la vuelta de unos meses con la visita de respuesta del jefe de los Estados Unidos a la U. R. S. S.

El día 15 de septiembre llegaba a los Estados Unidos el presidente del Consejo de la Unión Soviética, por cierto asumiendo de manera extraña la calidad de jefe del Estado. El día 27 emprendía su viaje de regreso, igualmente acompañado de su esposa e hijos y de su séquito. En tan corto espacio de tiempo, que además debe reducirse en dos días, puesto que el 25, terminado el aspecto público de su visita, se reclinó en Camp David para las conversaciones directas con el presidente Eisenhower; Kruschév cruzó los Estados Unidos cumpliendo un vertiginoso programa en el curso del cual había de detenerse en diversas ciudades importantes (Washington, Nueva York, Los Angeles, San Francisco, Pittsburgh, y en esta última ser testigo de una formidable huelga siderometalúrgica), asistir a numerosas recepciones, pronunciar discursos y hacer muy variadas visitas, desde estudios cinematográficos hasta factorías y granjas.

Todo este programa, que parecía no querer olvidar nada que mereciera ser visto, ignorando la variedad enorme de aspectos de la vida norteamericana, produce una cierta impresión de ingenuidad. La ingenuidad del anfitrión adinerado que recibe en su casa por breves minutos a un importante personaje y quiere mostrarle nerviosamente todos los rincones en que piensa hay algo que moverá a su huésped a curiosidad o admiración. Pero aquí se trataba de recibir al representante máximo de un país adornado con la doble cualidad de poderoso y enemigo, y en el que la concentración de poder y la ausencia de controles en el ejercicio del mismo hace particularmente peligroso al hombre que reúne en su mano todos los resortes que dan movimiento a un Estado asomado a los cinco continentes. Y además, para celebrar unas conversaciones graves y secretas con el jefe del Estado del país visitado, en un momento amenazador por la dificultad unánimemente reconocida de sostener un diálogo en el que, sin exageraciones, está implicada la paz o la guerra en todo el mundo.

¿Qué tenían que hacer en este negocio los estudios de Hollywood? Se ha recordado en los días inmediatamente anteriores al viaje que Kruschév no había ocultado en repetidas ocasiones su deseo de conocer los Estados Unidos. Harriman, lo mismo que un grupo de gobernadores norteamericanos, aconsejaron al regresar de su reciente viaje a la Unión Soviética, que el dictador moscovita y sucesor de Stalin fuera invitado dándosele ocasión de conocer un país del que sabía tan poco. Y de la Casa Blanca salió un programa de visita que parecía buscar más el «épaté» al singular huésped que el facilitarle el limitado pero clarividente conocimiento de la realidad de un país que puede alcanzarse en diez días de visita oficial.

Es decir, nada más vano que pretender que Kruschév ha logrado, a través de las multiplicadas visitas, recepciones y discursos, un contacto directo con el pueblo de los Estados Unidos. Ciertamente bastantes ciudades de la Unión han podido ver de cerca al mítico personaje, y que a éste habrá llegado, a pesar de la costra endurecida de su fe socialista, el impacto que, sobre todo en una primera visita, produce el ritmo, la prosperidad, el tono vital que impera en todos los aspectos de la vida norteamericana. Esto segundo es ciertamente importante y sin duda no ha estado de más proporcionar esta experiencia a quien, según testigos de vista, no le falta rapidez de captación y viveza de inteligencia.

Pero contemplado este episodio a varios meses de distancia produce una impresión penosa. El ciudadano americano ha conservado en general su curiosidad en los límites de una corrección fría. Los entusiasmos descritos por la *Pravda* han sido pura imaginación, pero los gritos y los carteles acusadores o insultantes han estado reservados a los exiliados, allí tan abundantes, de países bajo la dominación comunista. Las conferencias de Prensa y los coloquios han estado adornados, naturalmente, por un bombardeo de preguntas intencionadas no gratas al político soviético. Sola-

mente en San Francisco y Los Angeles la enemiga se hizo palpable ante Krushev, quien se revolvió con presteza y sin miramientos contra sus hostilizadores. Por su parte, el presidente del Consejo de la U. R. S. S. ha hecho exhibición en todo momento de su seguridad en sí mismo y en el poder de su país, de su fe en la victoria del comunismo, contra lo cual no habría nada que decir si no fuera por el tono desenvuelto y de espontánea provocación que ha acompañado siempre a sus intervenciones en público.

Singular actitud de un jefe de Gobierno en visita oficial a otro país. Pero es que la visita oficial no podía eclipsar la tensión de dos mundos irreconciliables como los que de este modo se ponían en contacto. Júzguese si no por el texto del discurso pronunciado por Krushev en Los Angeles el 19 de septiembre.

Pero lo que más importa considerar es el contacto directo y las conversaciones entre los dos hombres que personifican los dos países más poderosos que hoy existen. El retiro sereno de Camp David era, sin duda, un lugar adecuado para abordar los graves temas que están en la base de la actual tensión. El objetivo de esta histórica entrevista era el de encontrar, mediante una sincera exposición de los argumentos respectivos, una base común en que apoyarse para convivir y aun para facilitar el entendimiento. No se trataba de negociar, como repetidamente puso de manifiesto Eisenhower en la fase preparatoria de sus conversaciones con Krushev. Tampoco podía pretenderse que dos días y medio de conversaciones iban a bastar, no digamos para eliminar todas las diferencias, pero ni siquiera para vencer los factores más importantes que determinan dos políticas antagónicas en su misma raíz. Las conversaciones de Camp David han sido posibles por dos razones: primera, porque se ha demostrado hasta la saciedad que las conferencias internacionales son ineficaces para salvar la sima que separa los dos mundos opuestos; segunda, porque el horror de un choque entre los dos poderosos mueve a éstos con igual fuerza a buscar el entendimiento.

Pero, ¿cómo es posible conciliar estos contrarios? La filosofía que nutre de sentido la política soviética hace imposible la avenencia e incluso la coexistencia. Krushev mismo lo ha recordado en repetidas ocasiones durante su estancia en los Estados Unidos. «Naturalmente, es para mí evidente—dijo en su citado discurso en Los Angeles—que el presidente de los Estados Unidos no aceptará las tesis comunistas sobre el desarrollo de la sociedad humana, ni él, pienso yo, espera convertirme al capitalismo.» Y antes había formulado este reto: «Continuar viviendo bajo el capitalismo y nosotros continuaremos viviendo bajo el socialismo y construyendo el comunismo. Triunfará el sistema mejor.»

¿Qué significa ese triunfo en boca de un comunista? Todos lo sabemos y, por tanto, pretender la paz entre esos dos sistemas partiendo de tal base carece de sentido. Se busca únicamente evitar el choque que destruiría a ambos y obtener la victoria del comunismo sin el aniquilamiento de la U. R. S. S. De aquí, la firme seguridad de Krushev.

La posición de Eisenhower ante su encuentro directo con Krushev nos es conocida, con independencia de otros textos que pudieran ser recordados, por el de su declaración ante la televisión norteamericana el 10 de septiembre, recién regresado de su viaje a Europa: la fidelidad a la alianza atlántica, la firmeza de los argumentos occidentales acerca de algún punto de incompatibilidad inmedita—tal, el estatuto de Berlín—señalan lo que pudiera ser el núcleo intransigente de su posición, suficiente para impedir toda posibilidad de entendimiento. Pero junto a esto, la misma conciencia que vemos en Krushev de que del choque se seguiría una catástrofe general. Sólo que aquí no encontramos aquella seguridad que se desprende de «las tesis comunistas sobre el desarrollo de la sociedad humana». De donde que, a diferencia de lo que ocurre en el lado contrario, hablar de buscar la paz equivalga a estabilización en la pugna de los dos sistemas—verdadera coexistencia—y que el espíritu que anima esa búsqueda sea un espíritu de tregua.

Si este razonamiento es correcto, dedúzcase quién estará más inclinado a ceder.

El comunicado de las conversaciones de Camp David es breve y generalizador, como es natural. El verdadero contenido de aquellos dos días y medio del encuentro Eisenhower-Kruschev permanece, en verdad, secreto. Merecen retenerse, sin embargo, los siguientes puntos: reconocimiento de que las cuestiones internacionales no deben resolverse por la fuerza, sino por medios pacíficos y negociaciones; reapertura de negociaciones para encontrar una solución satisfactoria para todos sobre Berlín; necesidad de encontrar una solución constructiva en la cuestión del desarme, que se reconoce como la más importante que el mundo tiene planteada.

Las declaraciones posteriores de Eisenhower y Kruschev, dan algo más de luz sobre el sentido que las conversaciones tuvieron respecto a los puntos recogidos en el comunicado. Pero no modifican el juicio que por ese comunicado cabe formar sobre cómo queda planteada la situación: alejamiento del peligro de una guerra abierta en la medida en que se da un paso hacia el deshielo, tregua y no fin en la guerra fría. Exactamente el clima en el que la política desconcertante de Kruschev despliega todas sus posibilidades. No sin intención habíamos dejado para este momento consignar en estos comentarios la obligada referencia al discurso de Kruschev ante las Naciones Unidas, el 18 de septiembre, en donde presentó dos planes de desarme. El primero, contempla un desarme ideal e irreal: desarme íntegro y general en cuatro años, con destrucción de todos los depósitos de armas, eliminación de los ejércitos de sus tres armas, con sus respectivos Estados Mayores e incluso desaparición de los ministerios de Defensa. El segundo, mera repetición de anteriores propuestas soviéticas, que no por haber sido rechazadas son irrealizables: suspensión de experimentos atómicos, creación de una zona desnuclearizada, retirada de fuerzas armadas no europeas del sector occidental de Europa, liquidación de bases extranjeras e inspección y control en la Europa occidental y pacto entre la O.T.A.N. y el grupo del Pacto de Varsovia.

Una vez dicho esto, Kruschev se dispuso a hablar sinceramente del desarme con Eisenhower, después de haber tenido ocasión sí no de conocer, de contemplar directamente al pueblo norteamericano.

EL VIAJE DE KRUSCHEV A PEKÍN.

Tres días después de dejar el suelo norteamericano, llegaba Kruschev a Pekín, en donde estaría hasta el 4 de octubre. La celebración del décimo aniversario de la revolución china era el motivo público de este viaje, pero la situación internacional y, sobre todo, el hecho de que el jefe del Gobierno soviético venía casi directamente de los Estados Unidos, dió a su presencia en Pekín un significado que iba mucho más lejos que la de una mera visita de solidaridad entre los dos grandes del mundo comunista.

Después de la visita a los Estados Unidos del dirigente moscovita la interpretación general de la situación internacional se expresaba en una palabra: deshielo. No se trataba sólo de una versión popular o de la opinión de los comentaristas internacionales, ya que las declaraciones de Kruschev y Eisenhower a su regreso de Camp David habían alimentado la opinión mundial de que el singular encuentro señalaba un cambio considerable en la situación mundial, facilitando el mutuo conocimiento. Pero cabía siempre preguntarse cuál era la actitud del Gobierno chino ante el nuevo estado de cosas, mucho más cuando era en Asia en donde precisamente se estaba registrando desde hacía meses la máxima presión comunista: Tíbet, Laos, conflictos fronterizos con la India, amenaza siempre presente sobre Formosa.

La llegada de Kruschev a Pekín era, pues, de una significación que de ninguna manera podía ser ignorada. Los síntomas exteriores revelaron en seguida que el tono de la arrogancia comunista había bajado. Es suficiente recordar el contenido de otros discursos de Kruschev o de Mao para observar que la oratoria utilizada en Pekín era moderada. Así, Kruschev insistió repetidas veces en la necesidad de

eliminar el recurso a la fuerza en los conflictos internacionales suscitados por las divergencias con el mundo capitalista. Su discurso del 30 de septiembre fué una apología de la competencia pacífica entre capitalismo y socialismo, en la misma línea de sus intervenciones ante el pueblo de los Estados Unidos. Aparentemente la actitud distensiva de Krushev encontró el asentimiento de Pekín, pero una vez más hay que recordar el carácter generalizador y vaporoso de estas actitudes para no perder contacto con la realidad. La política exterior de la China de Mao se sustenta, dentro del cuadro de tensiones entre Este y Oeste, en una serie de pretensiones complejas, cuya eliminación en virtud de un giro hacia la distensión, es pura quimera: Formosa, reconocimiento por los Estados Unidos, ingreso en la O.N.U., presiones sobre el Sudeste asiático, etc.

Quiere decirse, por consiguiente, que la incorporación de la China comunista a la corriente de distensión que trata de modelar hoy la situación internacional, es muy problemática y está vinculada a muchas cuestiones complicadas en el campo internacional y también a otras que tienen su sede en el propio desarrollo del socialismo en el interior del país. China, no hay que olvidarlo, está empeñada en un proceso de transformación de la estructura social y económica del país de tan gran volumen que proyecta su influencia sobre su protagonismo internacional. Pero, a su vez, contemplando ese esfuerzo chino dentro del marco del mundo comunista, salta a la vista que el acento en las relaciones Moscú-Pekín, su riesgo y su fortuna, y esto desde los días de la revolución húngara está puesto precisamente en un punto de la máxima importancia para Moscú, capital del mundo comunista: la ortodoxia del socialismo y la polémica sobre las vías del socialismo.

Todo ello, como puede verse, hace que el viaje de Krushev a Pekín aparezca cargado de sentido. El asentimiento de Pekín a la orientación distensiva que se ha llamado «el espíritu de Camp David», no invalida el hecho de que hoy por hoy hay que considerar a China como elemento dotado de vida propia dentro del mundo comunista, casi diríamos de autonomía, y que, por consiguiente, y sobre todo para el mundo asiático, no puede hablarse de una política de Moscú, sino de una política de Moscú a través de Pekín.

ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA EN TORNO A LA CONFERENCIA CUMBRE.

En todo este movimiento político y diplomático el objetivo inmediato por una parte y por otra permanece siempre el mismo: la celebración de una conferencia cumbre.

La brusca entrada en una etapa de deshielo y, por consiguiente, en una nueva interpretación de la competencia entre Este y Oeste—más exacto es decir entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos—parece debía aligerar considerablemente los obstáculos para la celebración de tal conferencia. Pero paralelamente a este movimiento distensivo entre Washington y Moscú se ha apreciado en los últimos meses del año una evidente tensión en las relaciones entre los occidentales.

Ya con ocasión del encuentro de Camp David, el canciller Adenauer había expresado al presidente Eisenhower sus temores frente al rumbo que tomaban las conversaciones entre Este y Oeste. Eisenhower había aclarado, luego de la visita de Krushev, que los Estados Unidos no harían a Moscú concesiones, especialmente sobre el problema de Berlín, sin consultar previamente al Gobierno de Bonn.

El 13 de octubre, en unas declaraciones hechas en conferencia de prensa, Adenauer afirmaba que la Alemania federal no era contraria a la conferencia cumbre, pero que consideraba necesario que ésta fuera objeto de una adecuada preparación y, sobre todo, de consultas previas entre los jefes de la política occidental. De este modo, el canciller venía a ponerse una vez más del lado de Francia, que desde hacía tiempo marcaba su diferencia frente a Washington y Londres. En efecto, el 21 de octubre el Consejo de Ministros francés notificó oficialmente que a su juicio la conferencia vértice requería un período de preparación no corto. Es sabido que

por parte germana ha existido siempre el temor de que el celo norteamericano por no desaprovechar las oportunidades de un diálogo en la cumbre con la Unión Soviética se traduzca en un compromiso sobre Berlín y sobre Alemania misma. Y pese a las protestas de Adenauer este recelo determina la posición de Bonn en el despliegue actual de la diplomacia entre Este y Oeste. Por parte de Francia se habla de otras determinantes, como el propósito del general De Gaulle de obtener para Francia un prestigio internacional que sólo puede derivarse de no aparecer enrolado en una política elaborada fuera de París. Parece más convincente, sin por ello despreciar las indudables ambiciones de protagonismo internacional que mueven al actual presidente galo, que Francia necesita lograr con carácter decisivo un doble objetivo en relación con la conferencia vértice: llegar previamente a una solución en Argelia y a la obtención de su bomba atómica. En consecuencia, la conferencia cumbre debe esperar.

Para un examen de la posición política de De Gaulle es de primera importancia el contenido de sus declaraciones del 10 de noviembre. En aquella conferencia de prensa, el presidente francés subordinó la conferencia cumbre a estas tres condiciones: 1.º la consolidación de la distensión; 2.º la adopción por los aliados de una política común en la conferencia de alto nivel, por lo cual convendría tener una previa conferencia cumbre occidental en la próxima primavera, con independencia de la ya prevista para el 19 de diciembre en París, y 3.º la visita de Krushev a la capital francesa.

La llamada maniobra dilatoria de De Gaulle no fué bien acogida por Washington y Londres y marcó una diferencia evidente entre los jefes aliados. Por otra parte, la importancia concedida por De Gaulle a la visita a París de Krushev, sí es índice evidente de cómo el factor prestigio interviene en las determinaciones del actual presidente francés. La invitación francesa al presidente del Consejo soviético, contestada favorablemente por éste, daría a París la oportunidad de que durante los quince días en el mes de marzo habría de permanecer en Francia Krushev, la suerte de la conferencia estaría sobre la mesa del encuentro franco-soviético, y De Gaulle, exhibiendo siempre sus pretensiones nacionales frente a Washington y Londres, equilibraría la balanza del poder entre los aliados.

Como quiera que en esta postura, De Gaulle se ha visto asistido en gran medida por Bonn, la visita de Adenauer a Londres los días 17 y 19 de noviembre contribuyó a clarificar algo el ambiente. Las opiniones de Londres y Bonn en materia de desarme se habían mostrado diferentes hacía tiempo. Alemania ha defendido la tesis del desarme general y controlado y la Gran Bretaña se ha inclinado por la tesis de un desarme sobre la base de planes regionales. A juzgar por la declaración de Adenauer en Londres al término de sus conversaciones, se ha logrado en este punto una completa identidad de puntos de vista. Pero no deja de ser significativo, como dijo el propio canciller, que «hemos discutido estos problemas sin expertos, lo que significa que los hemos considerado sobre todo desde el punto de vista político». Esto implica, por tanto, haber desplazado de las conversaciones los aspectos militar y práctico, que es precisamente donde las divergencias toman cuerpo. También sobre el tema de la conferencia cumbre, según Adenauer, se ha dado «una general convergencia de "puntos de vista", aunque el canciller se adelanta a decir, no sin razón, que «antes del 19 de diciembre, de las conversaciones comunes con los Estados Unidos, no es posible decir nada definitivo sobre la fecha y sobre particularidades de la posición occidental en una conferencia con la Unión Soviética».

Pero la mejor forma de valorar estas conversaciones londinenses es ponerlas en contraste con las que inmediatamente después se siguieron entre el canciller y el presidente De Gaulle. En efecto, los dos primeros días de diciembre se reunieron en la capital francesa ambos políticos con el ánimo precisamente de acordar su política frente a las conversaciones cumbre occidentales del 19 del mismo mes, preparatorias del encuentro vértice Este-Oeste. La Alemania federal y Francia han llegado así a un acuerdo sobre la fecha de este encuentro final, que según ambos países, no deberá celebrarse hasta abril, y sobre el orden del día. La agenda deberá

tocar los siguientes puntos: 1.º problema del desarme; 2.º no intromisión de los Estados en los asuntos propios de terceros países; 3.º asistencia a los países subdesarrollados, y 4.º problema alemán, incluido el *status* de Berlín.

Las posiciones de París y Bonn encuentran fácil acuerdo, aunque sea tirando cada Gobierno hacia los puntos que particularmente les interesan. Y este acuerdo de líneas generales fué el que permitió a Adenauer y De Gaulle ir a las conversaciones del 19 de diciembre formando un frente que les equilibraba con la identidad de Washington y Londres.

En realidad, la potencia que aparecía más distante era Francia. Adenauer, con sus conversaciones con MacMillan en Londres, había indudablemente acertado distancias, pero con respecto a Francia se habían producido dos hechos que no podían sino enfriar la actitud de De Gaulle. Nos referimos a la alusión a Argelia contenida en el comunicado tras las conversaciones Eisenhower-Burghiba en aguas tunecinas, y a la abstención de los Estados Unidos en la votación registrada en las N. U. con motivo del proyecto de resolución presentado ante la Asamblea por el grupo afroasiático para poner fin a la guerra en Argelia. Nada, en verdad, más indicado que lo que atañe a este tema para acentuar la disidencia francesa.

Ya en el final de su viaje de buena voluntad, el presidente Eisenhower se reunió en París en la fecha indicada antes con MacMillan, Adenauer y De Gaulle. Se llegó a un acuerdo sobre el contenido de la carta que pocos días después fué enviada a Krushchev y en la que se proponían los días últimos de abril para la celebración de la conferencia. En relación con el orden del día se acordaba sin dificultad que el desarme ocuparía el primer lugar y que el problema de Alemania ocupara un segundo lugar, incluyéndose desde luego el problema de Berlín. En este punto, sin embargo, se apunta una diferencia de planteamiento: o se entra en la Conferencia cumbre con la Unión Soviética sobre las bases del «plan de paz» de Herter, presentado en la Conferencia de Ministros de Ginebra, como quieren Washington y Londres, o se parte de cero, como quiere Adenauer.

Esta y otras divergencias surgieron en el desarrollo de la reunión parisina, pero sin duda el terreno más difícil estaba en las conversaciones a dos entre Eisenhower y De Gaulle. Motivo para ello más que suficiente está en los cargos que los Estados Unidos tienen contra Francia como obstaculizadora de una real y efectiva unidad atlántica, y en la susceptibilidad herida de Francia en relación con Argelia y con la discusión acerca del mando integrado de la O. T. A. N.

EL VIAJE DE BUENA VOLUNTAD DEL PRESIDENTE EISENHOWER.

En el reducido espacio de 20 días el presidente norteamericano ha cubierto cerca de 20.000 millas en su visita de buena voluntad a once países, por este orden: Italia, Turquía, Paquistán, Afganistán, India, Irán, Grecia, Túnez, Francia, España y Marruecos.

Viaje sin precedentes que lleva a recordar aquel incansable viajero que fué John Foster Dulles, colaborador de Eisenhower durante tantos años. Y no es casual esta recordación, puesto que no han faltado interpretaciones de este viaje en el sentido de que el presidente seguía así aquella línea de política de contactos personales a la que le acostumbró con su propio ejemplo su fiel colaborador durante el tiempo en que dirigió la secretaría de Estado. Esta interpretación, que parece atribuir al presidente el propósito de situar a Herter en un puesto más secundario y oscuro que el de su predecesor, es demasiado ocasional y por ello superficial.

Con sentido más realista de las motivaciones específicamente norteamericanas, se ha querido ver en esta iniciativa presidencial la idea de presentar a los republicanos en las próximas elecciones como el partido defensor incansable de la paz, por encima de todos los obstáculos y vicisitudes. Pero aunque es sabido el peso que la contienda electoral tiene en las manifestaciones políticas norteamericanas, sería

minimizar el generoso y sincero anhelo del presidente Eisenhower—en dos ocasiones, no ha mucho tiempo, enfermo de gravedad—de llevar personalmente un mensaje de paz y concordia ante jefes de Estado y pueblos tan distintos como distantes.

Tres diferentes sectores del mundo ha tocado Eisenhower en su asombroso viaje: el europeo, el asiático y el norteafricano. De su primera etapa, Roma, dos cosas hay que destacan. En primer lugar, su visita a Su Santidad el Papa Juan XXIII. Precisamente por lo desusado de esta visita al Vicario de Cristo y jefe de la Iglesia romana de un presidente de los Estados Unidos, su empresa aparece más claramente inspirada en el celo por la paz entre todos los hombres. En segundo lugar, el hecho de que fuera Italia el primer país tocado en el largo itinerario. Italia ocupa hoy una posición destacada en el orden europeo y, sin estar todavía incorporada al grupo de los tres primeros—Inglaterra, Francia y Alemania—, tiene la particularidad de reforzar su importancia europea con el papel que le corresponde como potencia mediterránea. En más de una ocasión los Estados Unidos han expresado el valor que conceden a este país por ese su doble papel, que sólo comparte con España.

La visita a Turquía guarda una cierta unidad, en cuanto a los temas que sugiere, con las realizadas a Paquistán e Irán. Basta recordar el interés demostrado por los Estados Unidos por la alianza del C. E. N. T. O., complemento en una difícil región de la alianza atlántica. La visita a Grecia también está inserta orgánicamente en este itinerario a través de países llamados a jugar siempre un papel destacado en la paz de la zona mediorienta.

Por lo que toca a la India, y con independencia del destacado lugar que este país, por muchas razones, ha ocupado en el despliegue de la polémica entre Este y Oeste, su importancia para los Estados Unidos reside hoy en haber pasado a ser, en sus fronteras con China, una peligrosa zona de presión comunista. La India es así al presente, junto con Afganistán, también visitado por el presidente, y los países de sudeste asiático, el escenario en que la presencia de una potencia comunista se hace más amenazadora.

Finalmente, África del Norte. Zona delicada para los Estados Unidos, que han de estar siempre vivamente interesados en reforzar las orientaciones pro occidentales en pueblos nacidos hace poco a la independencia, en los que el sistema defensivo occidental ha buscado una apoyatura imprescindible y que, al propio tiempo, son generadores de dificultades con un aliado europeo: Francia. Una vez más el problema argelino viene a las mentes implicado en el desarrollo de la política norteamericana, y por tanto occidental.

LA ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA.

Denso en acontecimientos diplomáticos de relieve se presenta el cuatrimestre que comentamos. Ya en nuestra *Crónica* anterior aludíamos a la presencia en Londres del ministro español de Asuntos Exteriores con ocasión del viaje europeo de Eisenhower, y las entrevistas mantenidas con éste y con MacMillan y Selwyn Lloyd. Por imperativo cronológico dejamos para ahora referirnos a la segunda etapa del viaje realizado entonces por el señor Castiella: París. En la capital francesa completó las importantes conversaciones londinenses con su visita al presidente De Gaulle, que marca sin duda una fecha en nuestras relaciones con la vecina República. Relaciones señaladas con el signo de una mutua comprensión y deseo de amistad y que poco después, el 24 de octubre, habían de encontrar su mejor expresión en las jornadas conmemorativas del tricentenario de la Paz de los Pirineos, en la histórica isla de los Faisanes, todavía respetada por las aguas del Bidasoa.

Feliz acontecimiento que los dos pueblos deberán conservar en la memoria para, descansando en sus propios fastos históricos, reforzar las razones que aconsejan una sincera amistad y una verdadera cooperación. Los señores Castiella y Couve de

Murville fueron los protagonistas de esta conmemoración y por eso sus nombres han quedado unidos para siempre a la nueva prometedor etapa que en sus relaciones han inaugurado Francia y España.

Muy poco después, del 10 al 11 de noviembre, nuestro ministro de Asuntos Exteriores hacía una visita oficial a Bonn, respuesta a la que a España hizo su colega germano von Brentano en abril de 1958. La valoración política de esta visita a la capital federal debe hacerse tanto en el plano de las estrictas relaciones bilaterales de los dos pueblos, como en el plano más amplio europeo. En relación con el primero, Alemania y España tienen, en lo político, económico y cultural, muchos intereses comunes. Observadores extranjeros han destacado que entre los dos pueblos las relaciones han adquirido en los últimos años un acusado relieve. El comunicado de las conversaciones alude explícitamente al firme propósito de intensificar las relaciones en todos los sectores e incluso a que en el curso de estos contactos se han puesto las bases de un próximo acuerdo de colaboración económica. No es necesario ponderar el valor de este proyecto, precisamente cuando España adelanta en la realización de un valiente plan de estabilización económica. Esta visita, además, ha dado oportunidad al señor Castiella para invitar personalmente en nombre del Gobierno de España al canciller Adenauer y al ministro federal de Economía a visitar España.

Una realista política exterior española debe saber operar con igual eficacia en tres direcciones distintas, por mandato de su historia y su geografía: la europea, la mediterránea y la americana. En las tres viene, paulatinamente, dando señales de actividad de acuerdo con el mandato de las circunstancias. El actual momento, sin olvidar la siempre actualidad de las otras dos, es marcadamente europeísta. Y nuestro ministro de Asuntos Exteriores ha dado en los últimos meses pasos decisivos en esta dirección. Sería desconocer la realidad de la situación española atribuir exclusivamente su retraimiento pasado a la hostilidad abierta con que la honraron algunos Gobiernos. España estaba empeñada en una empresa urgente de reconstrucción interior que la hacía volverse sobre sí misma para concentrar mejor su esfuerzo. El curso del tiempo y de los acontecimientos han señalado la hora en que necesariamente el Gobierno español debía tomar ya parte activa mediante la intensificación de su política exterior, y muy especialmente en Europa. Este es el hecho simple y aleccionador que estamos presenciando.

Mención aparte merece la visita a España del presidente de los Estados Unidos. Cuando más arriba reseñábamos nuevamente el itinerario seguido por Eisenhower en sus 20 días de viaje no nos detuvimos en España, precisamente porque queríamos hacerlo en este lugar, cerrando así la referencia a esta importante etapa de la actividad diplomática española.

Eisenhower llegó a España procedente de París la tarde del 21 de diciembre. Aquella misma mañana había terminado sus importantes conversaciones parisinas. El recibimiento de que fué objeto en Madrid fué extraordinario, como testimoniaron los corresponsales extranjeros y las propias cámaras de televisión que brindaron a gentes de fuera de nuestras fronteras la oportunidad de asistir a tal acontecimiento. Los discursos pronunciados por los jefes del Estado español y de los Estados Unidos en el aeropuerto de la base de Torrejón de Ardoz pusieron de relieve la importancia de esta visita, pero también el significado cordial y emotivo que tiene siempre el encuentro de dos pueblos grandes a los que la Historia ha unido en el transcurso de centurias y de manera bien especial. No podemos por menos de recordar las palabras dedicadas por el presidente norteamericano a los hombres de España que hace siglos colonizaron importantes sectores del vasto territorio de la actual Unión.

Al día siguiente se celebraron en el Palacio de El Pardo las conversaciones políticas, en el curso de las cuales el presidente norteamericano informó al jefe del Estado español de su viaje e intercambiaron sus puntos de vista sobre la situación internacional.

LA POLÍTICA INTERNACIONAL DURANTE LOS MESES DE SEPTIEMBRE A DICIEMBRE DE 1959

La mañana del día 22 salía con dirección a Rabat el avión presidencial, dando fin a una visita breve, pero de gran importancia para las relaciones hispano-norteamericanas.

LA XIV SESIÓN DE LA ASAMBLEA GENERAL.

El 15 de septiembre se abrió la XIV sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que terminó sus trabajos tres meses después, esto es, el 13 de diciembre.

La apertura de esta XIV sesión ha sido señalada por su coincidencia con dos sucesos de gran relieve, cada uno en su orden, y ambos de signo soviético. El primero, la colocación sobre la superficie lunar, el día 13, de un proyectil lanzado por la U. R. S. S. Acostumbrados a considerar todos los hechos en función de nuestras preocupaciones presentes, este nuevo éxito de la técnica soviética ha sido ponderado por lo que tiene de revelador en cuanto a la potencialidad alcanzada por la Unión Soviética en cuestiones de balística espacial. Y ciertamente que es así, puesto que con este logro, que los Estados Unidos bien hubieran querido para sí, que se suma a los otros éxitos espectaculares que le han proporcionado los *sputniks*, la U. R. S. S. ha dado prueba irrefragables de su capacidad técnica y científica, del dominio alcanzado en materia de lanzamiento de cohetes y del puesto destacadísimo que le corresponde en la conquista del espacio. Pero no estará de más señalar que, considerando el acontecimiento desde un plano histórico y alejado de las preocupaciones presentes, es indudable que lo que hay que ponderar en esto es que estamos ante un hecho que se ha de contar entre los más extraordinarios que se registran en la peripécia humana: el hombre por primera vez sale de su astro para tocar otro astro. Si el hombre de nuestro tiempo no tuviera tan gastada su capacidad de admiración, debiera haber usado ante el hecho en cuestión gestos sólo conocidos cuando se descubrió el fuego o redondeó la tierra.

El segundo suceso a que hacíamos referencia es la llegada, también como proyectil lanzado desde otro mundo, del jefe del Gobierno soviético a los Estados Unidos. El día 18 fué recibido oficialmente por la Asamblea, ante la que pronunció el discurso sobre el desarme a que ya hemos aludido más arriba.

El día 16, la Mesa decidió sin discusión recomendar a la Asamblea la inscripción en el orden del día definitivo de la mayor parte de las cuestiones que figuraban en el orden del día provisional, entre ellas la cuestión argelina. Citemos que en esta misma fecha el presidente De Gaulle hacía su comentada declaración sobre Argelia en la que se ofrecían tres soluciones: la secesión, la «francisation» y «el gobierno de los argelinos por los argelinos».

En el orden del día definitivo se incluyó también una cuestión titulada «Desarme general y completo», propuesto por la U. R. S. S. después del discurso del dirigente soviético.

Durante el mes de septiembre la atención de la Organización se ha centrado en torno a tres problemas de Asia y Oriente Medio. El primero, la situación de Laos, determinó una resolución del Consejo de Seguridad para la creación de un subcomité encargado de realizar una investigación. La delegación soviética rechazó la competencia del Consejo e invocó la de la Comisión internacional de Control creada por la Conferencia de Ginebra de 1954. El segundo, la situación del Tíbet. Su inclusión en el orden del día fué vivamente discutida. El tercero, las infracciones de la libertad de paso por el Canal de Suez, cometidas por Egipto.

Pero el tema que puede considerarse central a lo largo de esta XIV sesión ha sido el del desarme, y especialmente en el mes de noviembre. Una atención especial se ha dedicado al examen del proyecto de desarme general y completo presentado por la delegación soviética, al que luego vino a unirse un plan británico y sugerencias francesas y norteamericanas. En fin, se adoptó una resolución por la que se envían al Comité de los Diez esos planes y sugerencias con objeto de que

estudie la adopción de medidas encaminadas a un desarme general y controlado.

Es interesante citar los debates sobre una cuestión de organización: el aumento del número de miembros del Consejo de Seguridad y del Consejo Económico y Social. La opinión general es favorable a esta modificación, pero no podrá realizarse de momento porque suscita una cuestión de fondo: la U. R. S. S. se opone a cualquier modificación de la Carta—único camino para llegar a ese aumento de miembros de los citados Consejos—que no vaya precedida de la sustitución del delegado de la China nacionalista por el de la China de Pekín.

Ya al final de la sesión, las cuestiones políticas discutidas han sido las de Corea, Hungría, refugiados de Palestina, Argelia y utilización pacífica del espacio extra-atmosférico.

LA ASOCIACIÓN EUROPEA DE LIBRE CAMBIO.

Dentro del marco de la integración europea el hecho de mayor relieve en los últimos cuatro meses del año 1959 ha sido el acuerdo concluido en Estocolmo para la constitución de la Asociación Europea de Libre Cambio.

En la capital sueca se reunió el 8 de septiembre el Comité de expertos de los Siete países con objeto de comenzar la preparación de un texto definitivo para el proyecto de Asociación, que debería ser sometido a fines de octubre a los Gobiernos interesados, para, en fin, celebrarse en noviembre una reunión ministerial.

Las posibilidades de este proyecto eran problemáticas a principios de septiembre. Por parte alemana y británica se había insistido en que la creación de una pequeña zona de libre cambio no supondría la creación en Europa de dos zonas económicas antagónicas, o sea, el Mercado Común y la Zona de los Siete. Por parte francesa era clara la orientación proteccionista del Mercado Común. Dentro de Alemania, el ministro de Economía, Erhard, se pronunciaba en un sentido netamente librecambista, lo que traía consecuencias perjudiciales para la política europea de signo favorable a Francia perseguida por el canciller. La polémica entre proteccionistas y librecambistas se extendía con este motivo a otros países.

Este tema de las relaciones entre Mercado Común y la proyectada Asociación se convirtió también en el tema dominante de los debates en la Asamblea consultiva del Consejo de Europa los días 14 al 18 de septiembre, y fué también incluida en el orden del día de la Asamblea parlamentaria europea que inició sus trabajos el 22 del mismo mes. La Asamblea del Consejo de Europa aprobó una moción según la cual los Gobiernos miembros debían comprometerse a firmar, lo más tarde a fines de marzo del próximo año, una declaración de principio que permita cimentar un acuerdo económico entre los países de la Europa occidental.

Pero el 19 y el 20 de noviembre, según estaba previsto, se celebró en Estocolmo una conferencia ministerial, con la participación de 75 delegados (entre ellos de la Gran Bretaña, Austria, Dinamarca, Suecia, Noruega, Suiza y Portugal) y en la que se aprobó el proyecto de tratado elaborado por los expertos en las reuniones comenzadas el 8 de septiembre y terminadas el 5 de noviembre.

Los países contratantes declaran su propósito de impulsar la cooperación en la zona de la O. E. C. E. y expresan su esperanza de que se concluya pronto una asociación económica multilateral extendida a toda la Europa occidental, incluidos los países del Mercado Común. La Asociación se declara abierta a todos los países y se propone como fines los siguientes: la expansión de la actividad económica, el pleno empleo, el incremento de la producción, la explotación de los recursos económicos, la estabilización financiera y la elevación del nivel de vida. Igualmente buscará la intensificación de los intercambios financieros.

Se prevén una serie de medidas para la eliminación de los obstáculos a la libertad de intercambio en el interior de la Asociación. Los países miembros quedan en

libertad de conservar el propio régimen fiscal. Se establecen además de unas normas generales, otras especiales aplicables a los sectores agrícola y de pesca. Un régimen especial se concede también para Portugal en atención a su condición de país menos desarrollado.

De momento, el único órgano permanente de la Asociación será el Consejo de Ministros, y como sede parece apuntarse a París para facilitar las relaciones con la O. E. C. E.

La importancia de la creación de este nuevo sistema de colaboración económica europea, a un año del fracaso de las tentativas del Comité Maudling, reside en que el grupo del Mercado Común tenderá probablemente a hacerse más flexible hasta llegarse a un acuerdo entre ambas estructuras.

LA SITUACIÓN DE LOS PAÍSES DEL C. E. N. T. O.

La última vez que se reunió el Consejo de Ministros de la Organización del Pacto de Bagdad fué en Karachí, en enero de 1959. Al celebrar ahora su VII reunión, en Washington, lo ha hecho utilizando por primera vez su nueva denominación: Organización del Tratado del Centro (C. E. N. T. O.), con lo que se alude al carácter geográficamente central, con relación a la O. T. A. N. y a la S. E. A. T. O., de los países unidos por esta alianza defensiva.

La preocupación principal de esta reunión—celebrada en la capital norteamericana del 7 al 9 de octubre—era la orientación distensiva de las relaciones Este-Oeste después del viaje de Kruschew a los Estados Unidos y sus posibles repercusiones en la alianza. Natural preocupación si se tiene en cuenta que los países del C. E. N. T. O. componen un sector sobre el que se proyecta sin cesar la presión física y psicológica de la acción soviética que mira al Oriente Medio. El arco trazado por Turquía, Irán y Paquistán adopta así una función de escudo con relación a los países árabes mediorientales, que justifica plenamente su pretensión de sentirse reforzados en el seno de la alianza con la asociación completa de los Estados Unidos. La resistencia de éstos a consentir esa plena asociación data de los días fundacionales del Pacto de Bagdad y en el fondo de esa actitud se reconoce la cautela con que Washington quiere moverse en todo aquello que afecta a los países árabes, a los que teme por la imprevisión de sus reacciones y la inseguridad que comunica a toda su política la heterogeneidad de elementos que intervienen en ella, muchos de ellos de difícil comprensión para los occidentales, y en particular para los Estados Unidos.

Cierto que éstos han salvado tal dificultad con los acuerdos bilaterales de defensa firmados en el pasado marzo con Turquía, Irán y Paquistán, que, sin comprometerlos con una incorporación plena al Pacto, les permite tranquilizar las inquietudes defensivas, más que justificadas, de esos miembros regionales.

Importaba, por eso, mucho conocer si el paso por la Unión del dictador soviético había influido de alguna manera en Washington en todo aquello que, como el C. E. N. T. O., no tiene otra razón de existir que la prevención de una agresión comunista. La frontera sudoriental de la U. R. S. S. es, posiblemente, una de las más permeables que pueden señalarse en la extensa periferia soviética y de ahí su gran peligrosidad. En el comunicado final se recoge claramente la preocupación a que aludimos, la cual está también presente en las palabras de bienvenida pronunciadas por el vicepresidente Nixon, que presidió la primera sesión del Consejo.

La corriente de deshielo que se admite ha acompañado al viaje de Kruschew a los Estados Unidos, se ha visto contrarrestada por las dificultades que la acción comunista genera en el sudeste asiático y por los fermentos comunistas que revelan su presencia en los países dichos. El mismo día de la apertura de la VII reunión del C. E. N. T. O., Kassem era en Bagdad objeto de un atentado que ponía en peligro su vida. Por lo demás, la presión psicológica de los comunistas sobre el

Irán es hoy tan fuerte que explica suficientemente los temores manifestados por este país y por Turquía y Paquistán. A este respecto debe destacarse el interés de la declaración hecha por el Consejo sobre la acción de propaganda soviética en el Irán, que envuelve una acusación muy grave contra la U. R. S. S. en unos momentos en que Krushev ha extremado sus gestos de patrocinador de la coexistencia pacífica con todos los pueblos.

El 17 de noviembre se reunieron en Teherán el sha de Persia, el presidente del Paquistán y el presidente del Consejo de Turquía con el objeto concreto de dirigir una doble apelación a los Estados Unidos: primero para moverles a una mayor ayuda económica y militar en favor de los países del C. E. N. T. O., y segundo para estimularles a una colaboración más estrecha con la Alianza. Esta doble apelación equivalía a fijar el tema central de las conversaciones con el presidente Eisenhower en su visita a Teherán, Ankara y Karachi.

LA REUNIÓN DEL CONSEJO DE LA S. E. A. T. O.

El día 24 de septiembre se reunió en Bangkok el grupo de consejeros militares de la S. E. A. T. O. en su sesión semestral, y dos días después lo hacían en la misma ciudad los representantes permanentes de esta Organización. La preocupación evidente en estas reuniones se centra en los acontecimientos de Laos, que constituyen la presencia de una ofensiva comunista sobre los países del sudeste asiático. Parece que, sobre todo en la reunión de los consejeros militares, se ha hecho patente una orientación, que se ha querido vincular al representante militar norteamericano, según la cual se buscaría una negociación con el Vietnam meridional para constituir una garantía de posible intervención si la situación en Laos llegara a empeorar por una penetración armada procedente del Norte. Sin embargo, la tónica general en este momento, y es lo que se ha llamado la «línea S. E. A. T. O.», es de que cualquier actividad llamada a actualizar un dispositivo defensivo en esa región, podría generar un empeoramiento en el estado de cosas, y esto, unido a la actitud que sobre el caso ha tomado la O. N. U., aconseja una política de abstención vigilante.

A confirmar esta interpretación ha venido la reunión celebrada en Washington el 28 de septiembre por el Consejo de la S. E. A. T. O., y a la que han asistido los ministros de Asuntos Exteriores de Australia, Francia, Paquistán, Tailandia y Estados Unidos, así como los embajadores de la Gran Bretaña, Nueva Zelanda y Filipinas. En consecuencia, se ha de considerar que en este momento el primer motivo de preocupación de esta Organización reside en el problema que la presión comunista sobre Laos ha planteado. Pero también que la fase de deshielo en que la política internacional ha entrado desde el viaje de Krushev a los Estados Unidos, influye para que el sistema defensivo que protege el Sudeste asiático adopte una línea de prudencia en evitación de crear una complicación que alcance a la orientación general de los problemas asiáticos.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.